

Tres Elementos Esenciales de la Caridad Bíblica: La Fe, la Familia y el Trabajo

por **George Grant**

Como el honrar a nuestros padres, el cuidar de los pobres es un mandamiento con una promesa. La Biblia nos dice que si mantenemos el mandamiento de ser generosos con el pobre, nosotros mismos seremos felices (Proverbios 14:21); Dios nos preservará (Salmo 41:1-2); prosperaremos y seremos saciados (Proverbios 11:25); y seremos levantados de lechos de aflicción (Salmo 41:3). Así, ha sido siempre la aspiración de los fieles el ser “celosos de buenas obras” (Tito 2:14).

En un tiempo cuando muchas virtudes Cristianas han sido completamente abandonadas, esta – el de cuidar a los necesitados – todavía permanece. Todos estamos de acuerdo en que la caridad es una cosa buena. Aunque desdichadamente, aunque permanece en el aislamiento, su ingenuidad bien intencionada puede causar más daño que bien. A veces, como un bien fuera de su lugar, ha cesado de ser buena.

Charles Haddon Spurgeon ha dicho, “Dicen que puedes alabar a un tonto hasta que lo haces una persona útil: No sé mucho acerca de eso, pero sí sé que si obtengo un cuchillo malo generalmente me corto mi dedo, y un hacha sin filo es mucho más problemática que beneficiosa. Un serrucho es una cosa buena – pero no para afeitarse. El rabo de un cerdo nunca servirá como una buena flecha; ni de su oreja se puede hacer un bolso de seda. No puedes capturar conejos con tambores o palomas con ciruelas.” Una cosa buena no es buena cuando se halla fuera de su lugar.

El propósito (de este ensayo) no es establecer que la caridad es una cosa buena. Sino más bien establecer su lugar. Es para afirmar que sin al menos tres ingredientes esenciales – el proveer caridad con su contexto apropiado – se hace tan inútil y tan incómoda como afeitarse con un serrucho.

La Fe

El primer elemento esencial de la caridad Bíblica es la *fe*.

Lo que una persona piensa, lo que cree, lo que moldea sus intereses últimos, y lo que afirma como verdad en su corazón – en otras palabras, su fe o falta de ella – tiene un efecto directo sobre su bienestar material. Y tiene un efecto directo sobre si puede o no alterar ese bienestar. “Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él.” (Proverbios 23:7).

En 1905, Max Weber, el renombrado economista político y “padre fundador” de la sociología, afirmó esta verdad fundamental para los científicos sociales modernos en su obra clásica, **La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo**. Él argumentó que la notoria prosperidad de Occidente era directamente atribuible a la predominancia cultural, personal y ética de la fe Cristiana. En contraste con las culturas paganas, en donde las libertades y oportunidades estaban severamente limitadas y donde la pobreza y el sufrimiento abundaban, Weber encontró que el compromiso [con el evangelio] traía a los hombres y a las naciones tanto libertad como prosperidad.

Según la Biblia, las razones para esto son numerosas:

Primero, la fe Cristiana reorienta a los hombres caídos hacia la realidad. Debido al pecado somos naturalmente ciegos (2 Pedro 1:9), insensatos (Tito 3:3), ignorantes (Isaías 56:10), y auto-destructivos (Proverbios 24:2). Somos gobernados por nuestras pasiones (Santiago 5:17), nuestras concupiscencias (Santiago 1:14), y nuestras iniquidades (Isaías 53:6).

“Los hombres sin fe en el Salvador,” dijo el gran teólogo Puritano Richard Baxter, “están condenados a llevar vidas inestables de fantasía, frustración y fracaso. Pues en verdad, aparte de la Luz de Su vida, todas las necesidades sentidas del hombre se hallarán siempre en tinieblas.”

Los pobres necesitan a Jesucristo. Necesitan el “Pan de Vida” (Juan 6:48-51). La pobreza última que engendra carencia perpetua es una falta de fe.

Segundo, la fe Cristiana contrarresta los efectos destructivos del pecado. El pecado no es un concepto que tiene mucha difusión entre los modernos científicos sociales, economistas, políticos, organizadores de las comunidades, activistas de derechos civiles y proveedores de servicios sociales que administran los programas de nuestro gobierno para los pobres. Esa bancarrota puede explicar su completo y fatal fracaso.

El pecado es, en efecto, una de las principales causas de pobreza. Ciertamente la injusticia (Isaías 58:6), la calamidad (Génesis 47:13-19), la hambruna (Levítico 25:25, 39, 47), y las explotaciones (Santiago 5:1-2) causan pobreza, y los Cristianos deben confrontar esas causas y esa pobreza con absoluta misericordia (2 Corintios 8:1-15). Pero también debemos darnos cuenta que una gran cantidad de pobreza es auto-inferida. Los hombres que no conocen a Cristo y que no caminan en fe, son más que a menudo inmorales, impuros e incautos (Gálatas 5:19-21). Son propensos a una conducta extrema y destructiva, se complacen en vicios perversos y en la sensualidad disoluta (1 Corintios 6:9-10). Y de esta manera son arrastrados más allá del borde de la pobreza (Proverbios 23:21).

Por el otro lado, “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17). La fe Cristiana reforma a los pecadores con valores nuevos y constructivos. Somos incitados a vidas morales y honradas de diligencia, pureza, sobriedad mental, economía, fiabilidad y responsabilidad (Colosenses 3:5-15).

Mientras la pobreza germina en el terreno corrupto del pecado, la productividad florece en el fértil campo de la fe.

Tercero, la fe Cristiana establece una orientación hacia el futuro en los hombres. Con demasiada frecuencia el pobre se tambalea en un fatalismo sombrío o despilfarran sus pocos recursos en una impulsividad irresponsable. Son cortos de visión (Proverbios 6:6-11), desmotivados (Proverbios 28:19), e ingenuos (Proverbios 7:6-23). Y “Sin visión el pueblo se desenfrena” (Proverbios 29:18).

La fe Cristiana enseña a los hombres a vivir vidas caracterizadas por la reflexión (Mateo 25:13-30), a planear (Mateo 7:24-27), a ejercer dominio propio (Efesios 4:25-32), y a aplazar la gratificación con el propósito de alcanzar fines más altos (Santiago 5:7). Somos motivados al auto-control (Gálatas 5:22-23), la sabiduría (Santiago 3:13-17), y a la mayordomía cuidadosa con el propósito de edificar para el futuro (Génesis 1:28). Según Trasímaco de Tracia, un historiador de la Iglesia del siglo quinto, “las vidas sin Cristo son vidas sin metas. Y las vidas sin metas son vidas sin abundancia.”

Para quebrantar el yugo de la pobreza debemos invadir la cultura del momento con el incremento dinámico de Cristo.

Cuarto, la fe Cristiana incita a los hombres a ejercer responsabilidad. Fuera de la gracia de la salvación y de la santificación los hombres son naturalmente propensos al egoísmo, el derroche y la pereza (2 Ped. 2:2-3).

Sin embargo, en Cristo los hombres crecen hacia la madurez desinteresada (Filipenses 2:3-4). Somos responsables de redimir nuestro tiempo (Efesios 5:16). Somos responsables a lograr lo mejor de cada oportunidad (Colosenses 4:5). Somos responsables de cumplir nuestro llamado en la vida (1 Pedro 4:10). Somos responsables de usar sabiamente nuestro dinero (Deuteronomio 8:18), para cuidar de nuestras familias (1 Timoteo 5:8), servir a las necesidades de otros (Lucas 22:25-30), y para ser un ejemplo de

redención ante todos los hombres (1 Pedro 3:1-17).

Es precisamente este tipo de responsabilidad diligente – este mismísimo fruto de la fe – el que el pobre más necesita si es que alguna vez van a salir de la cisterna rota de la falta de posesiones.

Quinto, la fe Cristiana capacita a los hombres con la confianza en las “muy grandes y preciosas promesas de Dios” (2 Pedro 1:3-4). Dios bendice la obediencia (Deuteronomio 28:1-14). El maldice la maldad (Deuteronomio 28:15-68). Así, aún cuando todos los creyentes padecen a través de la vida de los reveses, luchas, enfermedades y antagonismos normales, tenemos la seguridad de que al final la mano soberana de Dios hará que todas las cosas ayuden a bien (Romanos 8:28). Podemos reclamar con plena confianza los magníficos beneficios del pacto (Hebreos 4:16). Podemos apropiarnos de las gloriosas riquezas del reino celestial (Efesios 1:3).

El pobre necesita la bendición de Dios. Necesitan las recompensas de Su favor. Pero “sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.” (Hebreos 11:6).

Si la caridad Bíblica es un intento genuino de transformar la pobreza en productividad, necesariamente su agenda incluirá el discipulado en los aspectos esenciales de la fe Cristiana – comenzando con la soteriología y continuando hasta la madurez completa. Ni una transferencia de riqueza, ni una agenda masiva de reeducación, ni una red impenetrable de seguridad económica, o un extensivo programa de beneficencia social, ni todas estas cosas juntas pueden sustituir esto último. “Es la fe,” dice George Gilder, “en todas sus múltiples formas y aspectos brillantes, la que puede por sí misma mover las montañas de la pereza y la depresión que afligen a las economías estancadas del mundo; trajo a los inmigrantes desde miles de millas con centavos en sus bolsillos para emprender el imperio Americano del comercio; y obra milagros diariamente en nuestro presente callejón sin salida.”

El auténtico Cristianismo se da a la tarea de equipar al pobre para caminar en la fe. Esa es la caridad Bíblica.

La Familia

El segundo elemento esencial de la caridad Bíblica es la *familia*.

La familia es el bloque básico de construcción de la sociedad. Cuando la familia comienza a fracturarse, el resto de la sociedad comienza a desintegrarse. Esto es particularmente evidente en las vidas de los pobres. Un total de un setenta y cinco por ciento de aquellos que viven por debajo de la línea de pobreza en este país viven en hogares quebrantados. En tiempos de calamidad económica las familias intactas tienen diez veces más probabilidades de recuperarse que las familias quebrantadas, y en última instancia prosperar.

No hay sustituto para la familia. El gobierno no puede sustituirla por servicios. Los trabajadores sociales no pueden sustituirla con amabilidad y comprensión. Los educadores no pueden sustituirla con conocimiento, habilidades o entendimiento. Los pobres necesitan a la familia. Necesitan padres, y madres, y hermanos y hermanas. Necesitan abuelos, y tías, y tíos y sobrinos. “No hay otro lugar,” escribió Juan Crisóstomo en el siglo cuarto, “donde el espíritu humano pueda ser tan nutrido como para prosperar espiritual, intelectual y temporalmente, que en el seno de la relación correcta de familia.”

Hay varias razones para esto:

Primero, la vida de familia les provee a los hombres un adecuado sentido de identidad. En medio de nuestras familias podemos conocer y ser conocidos. Podemos gustar los gozos y penas de la intimidad legítima. Podemos obtener una visión de la vida que sea sobria y segura. Somos alentados por el amor de la familia (Lucas 11:11-13). Somos fortalecidos por la confianza de la familia (Juan 1:39-42). Somos confortados por el legado de la familia (Génesis 49:3-27). Y somos estabilizados por la objetividad de la

familia (Hebreos 12:7-11).

Los pobres necesitan desesperadamente este tipo de perspectiva. Necesitan desesperadamente ser estabilizados en las dulces cercas de la morada y del hogar.

Segundo, la vida familiar le provee a los hombres una genuina seguridad social. No hay lugar como el hogar. En tiempos dificultosos nuestro recurso más grande siempre serán aquellos que nos conocen mejor y que nos aman más. Debido a que los miembros de la familia comparten un común sentido de destino los unos con los otros y un vínculo de intimidad los unos con los otros, pueden – y lo harán – correr al lado de los otros cuando sea necesario. Y es lo que bien deben hacer. Eso es exactamente lo que Dios había pensado (1 Timoteo 5:8).

“Los Césares y los Sátrapas intentan aliviar nuestras heridas y carencias con circos opulentos y elocuentes promesas,” dijo Metodio, el afamado misionero del siglo séptimo a los Eslavos. “Sin embargo, todas esas donaciones no son sino pretextos en comparación con el genuino cuidado Cristiano proporcionado incluso a la familia más carente de finezas.”

Tercero, la vida familiar le provee a los hombres el ambiente para permanecer transparentes y la disciplina que necesitan. Las familias son incubadoras para los sanos valores (Deuteronomio 6:4-9). Refuerzan los principios de autoridad (1 Pedro 3:1-7), estructura (Efesios 5:22-33), responsabilidad (Hebreos 12:7-11), obediencia (Efesios 6:19) y desinterés (Efesios 5:21). Según el economista Michael Novak, el ambiente de transparencia¹ y disciplina sacan a la luz lo mejor de nosotros. Él dice, “Una madre o un padre típicos morirían con toda disposición, sin pensarlo dos veces – en un incendio o accidente, digamos – para salvar a uno de sus hijos. Aunque en la mayor parte de las circunstancias este acto humano sería considerado como heroico, para los padres es solamente ordinario. Así pues... el Creador ha moldeado la ida en familia para enseñar, de manera regular, el rol de la virtud.”

Si los pobres han de ser equipados en alguna medida para levantarse de sus lechos de aflicción y de sus prisiones de adicción y ghettos de restricción, entonces la caridad Bíblica debe re-entrenarles en el hermoso arte de la vida familiar. Debe ser el objetivo de la caridad Bíblica el fortalecer los matrimonios, equipar a los padres, fomentar la intimidad y sanar las heridas.

El Cristianismo auténtico se da a la tarea de establecer al pobre en familias estables. Eso es caridad Bíblica.

El Trabajo

El tercer elemento esencial de la caridad Bíblica es el *trabajo*.

El trabajo es el corazón y el alma, la piedra angular, de la caridad Bíblica. De hecho, mucho de los logros de la caridad Bíblica no es más que una sub-función de la doctrina del trabajo. Sus recursos operativos son el fruto del trabajo: el diezmo, la hospitalidad, la iniciativa privada y la ayuda voluntaria. Sus metodologías básicas se hallan arraigadas en la ética del trabajo: el recoger pacientemente, el entrenar, el dar prestado y el facilitar. Sus objetivos primarios giran alrededor de la comprensión de la bondad del trabajo: productividad, rehabilitación y efecto empresarial.

Esto es porque el trabajo es el corazón y el alma, la piedra angular, del propósito creado del hombre. El primer Mandamiento de Dios al hombre era definitivo: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.” (Génesis 1:28). En otras palabras, trabaja.

¹ Se refiere aquí al concepto expresado por el término en Inglés *accountability*: “El estado de estar sujeto a responder por la conducta de uno; es la responsabilidad de dar cuentas, y a recibir recompensa o castigo por las acciones.” *Diccionario Americano del Idioma Inglés*, Noé Webster, 1828.

A lo largo de la Escritura este énfasis no solo es mantenido, sino amplificado: “Los tesoros de maldad no serán de provecho; mas la justicia libra de muerte. Jehová no dejará padecer hambre al justo; mas la iniquidad lanzará a los impíos. La mano negligente empobrece; mas la mano de los diligentes enriquece.” (Proverbios 10:2-4). “El alma del perezoso desea, y nada alcanza; mas el alma de los diligentes será prosperada. Las riquezas de vanidad disminuirán; pero el que recoge con mano laboriosa las aumenta.” (Proverbios 13:4, 11).

La Biblia está repleta de enseñanzas acerca del trabajo. Pero su fuerza impulsora puede muy bien reducirse a cuatro puntos:

Primero, la Biblia enseña que todo el trabajo honorable es santo. “No hay cosa mejor para el hombre sino que coma y beba, y que su alma se alegre en su trabajo” (Eclesiastés 2:24; 3:22). Lejos de ser una consecuencia amarga por la Caída, el trabajo es un aspecto vital del propósito total de Dios para el hombre en el espacio y el tiempo. Por esa razón, Él ha usado típicamente a los obreros, trabajadores ordinarios, en la realización de aquel propósito. Él ha usado pastores como Jacob y David. Ha usado granjeros como Amós y Gedeón. Ha usado comerciantes como Abraham y Lidia. Ha usado artistas como Salomón y Bezaleel. Y los hombres que Él escogió para revolucionar al Imperio Romano en el primero siglo eran una banda mixta de pescadores y recolectores de impuestos. El gran Puritano, Hugh Latimer, captó muy bien el énfasis Bíblico de la Santidad del trabajo del hombre cuando escribió, “Nuestro Salvador, Cristo Jesús, fue un carpintero y se ganó la vida con gran trabajo. Por tanto, que ningún hombre desprecie... seguirle en un llamado y una ocupación común.”

El Cuarto Mandamiento, aunque se entiende de manera común y correcta como una prohibición contra el trabajar en Sábado, tiene otro precepto muy frecuentemente descuidado: “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra” (Éxodo 20:9), y así Richard Steele, otro de los grandes Puritanos, podía de manera confiada esperar la presencia y bendición de Dios. “El trabajo es santo para el Señor, ordenado por Su Camino inmutable.”

Todos, incluso el parcialmente deshabilitado, cosechan honor del trabajo productivo e industrial.

Segundo, la Biblia enseña que Dios llama a toda persona a su trabajo. “Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo” (1 Corintios 12:4-6). La doctrina del llamado fue una vez la piedra angular de la Reforma. Y con razón. Como Martín Lutero escribió hace tiempo, “El mundo no considera el trabajo una bendición, por lo tanto, lo rehuye y lo odia... pero el piadoso que teme al Señor, trabaja con un corazón dispuesto y alegre; pues conocen el mandamiento y la voluntad de Dios; ellos reconocen Su llamado.”

De manera similar, Cotton Mather, el gran predicador Americano colonial, escribió, “Un Cristiano debiese dedicarse a su ocupación con contentamiento... ¿Está tu negocio aquí estancado con dificultades e inconvenientes? El contentamiento bajo tales circunstancias no es una parte pequeña de vuestro homenaje a aquel Rey que os ha colocado en donde estáis por Su llamado.”

Y William Tyndale escribió, “Si miramos externamente existe una diferencia entre el lavado de platos y la predicación de la Palabra de Dios; pero en lo que toca a complacer a Dios, en relación con Su llamado, no hay absolutamente ninguna.”

Tercero, la Biblia enseña que el trabajo tiene el propósito del beneficio de la comunidad. No es solo para beneficiarnos a nosotros mismos. Por medio del trabajo hemos de cumplir nuestra responsabilidad de proveer para nuestra familia (1 Timoteo 5:8), y edificar la obra del Reino de Cristo (Deuteronomio 8:18), y compartir con aquellos en necesidad (Efesios 4:28). Como Juan Calvino afirmó acertadamente, “Sabemos que todos los hombres fueron creados para ocuparse en el trabajo... para el bien común.” Y Martín Lutero escribió, “Todas las posiciones se hallan de tal manera orientadas que sirven a las otras.”

Cuarto, la Biblia enseña que, debido a la ruina del pecado, los altos ideales de la ética del trabajo pueden alcanzarse solo a través de la restauración en Cristo, que nos es impartida en el Evangelio, y a través del ministerio de la Iglesia.

La Caída ha trastornado y obstruido las bendiciones del trabajo. El hombre no puede trabajar, y no lo hará, como debería (Génesis 3:17-19). El pecado nos ciega y nos ata, de manera que nuestra comisión divina se queda sin cumplir. “Adán rehusó trabajar como sacerdote de la creación de Dios,” dice el teólogo James B. Jordan. “Él rechazó el verdadero significado y dirección de su vida. Como resultado, se tornó impotente, como un muerto – su trabajo fue condenado a la futilidad, y fue desterrado de la agradable tierra de Edén al huracanado desierto.”

En un sentido muy real, todo lo que la Biblia enseña sobre los beneficios del trabajo puede permanecer solo como una condenación al hombre caído (Romanos 7:10-11). Y los pobres no son sino recordatorios evidentes de este hecho.

Gracias sean a Dios, en Jesucristo somos restaurados (Romanos 7:24-25). En Él, nuestras vidas y nuestro trabajo son redimidos de la futilidad y hechos significativos una vez más (Efesios 2:10). Como escribió Langdon Lowe, un Presbiteriano del Sur del siglo diecinueve, “El hombre fue hecho para el trabajo. La Caída le deshizo. Ahora, hecho de nuevo en Cristo, el hombre puede trabajar una vez más. Pero debe ser consciente, por siempre, de la conexión salvífica: El llamado al trabajo no debe ir, y no puede ir, sin ser acompañado por el llamado a la salvación.”

En su libro pionero, *Ídolos para la Destrucción*, Herbert Schlossberg declara, “Los Cristianos no debieran apoyar ninguna política hacia el pobre que no busque tenerlos ocupados en el mismo alto plano de la existencia útil que todos nosotros hemos de ejemplarizar. ‘Servir al pobre’ es un eufemismo para destruir al pobre a menos que incluya con ello la intención de ver al pobre comenzando a servir a otros.”

Mientras que la política social humanitaria mantiene a la gente dependiente y sin capacidades, la caridad Bíblica busca removerles de ese status y devolverlos a la capacidad productiva. La caridad Bíblica busca ponerles de regreso al trabajo porque la caridad Bíblica nunca debiese ser otra cosa que un empujoncito a la plena restauración del pobre hacia su llamado ordenado por Dios. Pablo lo presenta de manera simple: “Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (2 Tesalonicenses 3:10).

O, como Charles Haddon Spurgeon dijo de manera irónica y concisa: “El que se quede mirando con los ojos abiertos hasta saciarse, mirará de esa forma hasta que esté muerto. Nada ha de ser sin dolor, excepto la pobreza y la suciedad.”

La caridad no reparte limosnas.

Se debe hacer cualquier esfuerzo para asegurarse que nuestra ayuda en realidad ayuda. Una limosna puede llenar una necesidad inmediata, pero ¿cómo contribuye a la meta última de colocar nuevamente al recipiente en su posición correcta? ¿Cómo le equipa para el futuro? ¿Cómo ello fortalece la familia? ¿Qué tan bien comunica la Palabra de Dios y los preceptos de la moralidad Bíblica? El tipo de miopía evangélica que mira la responsabilidad Escritural hacia el pobre como una simple transferencia de fondos simplemente pierde vista el punto en discusión. Cuando la Iglesia remeda al gobierno al dispensar de manera indiscriminada comestibles y otros bienes y servicios, daña al pobre más de lo que ayuda. Los partidarios de tal pensamiento de vista corta solamente perpetúan una “guerra contra el pobre” en lugar de una “guerra contra la pobreza.”

El Cristianismo auténtico va al trabajo colocando al pobre capaz a trabajar. Eso es caridad Bíblica.

Gavillas para el Previsor

¿Cómo se han de coordinar estos tres elementos – fe, familia y trabajo – en la práctica, en un programa coherente de cuidado al pobre? ¿Pueden estos ideales Bíblicos ser implementados satisfactoriamente de una manera coherente y compasiva?

Aunque abundan los ejemplos contemporáneos, quizás la mejor ilustración de la caridad Bíblica en acción es la narrativa Escritural del Libro de Ruth. Es una historia de evidente belleza y romance, de fidelidad e intriga, de tragedia y esperanza. Enmarcada durante el tiempo de los jueces, provee para nosotros una mirada íntima de la vida pactal en el antiguo Israel.

Los principales personajes en la historia, Ruth y Noemí, son viudas que viven al borde de la indigencia (Ruth 1:6-13). Determinada a hacerse responsable por su suegra ya anciana (Ruth 1:14) y a aceptar los términos del pacto de Dios para ella misma (Ruth 1:16-17), Ruth hace la única cosa que puede hacer. Ella profesa su fe, preserva su familia y luego sale a encontrar trabajo (Ruth 2:2). Sin embargo, en muchas maneras, esta es una situación con buenas y malas noticias para ella. Las malas noticias eran que Ruth era una forastera para las costumbres y maneras de Israel, siendo ella una Moabita (Ruth 1:4) y, además, parecía que no tenía habilidades fácilmente comerciadas. Las buenas noticias eran que la Ley de Dios había hecho provisión abundante y llena de gracia para los forasteros (Éxodo 23:9; Levítico 19:33-34; Deuteronomio 24:17-18); lo mismo que para los trabajadores sin habilidades y destituidos (Levítico 19:9-10; 23:22; Deuteronomio 23:24-25; 24:19-22). Las leyes de recolección estipulaban que los granjeros y dueños de tierras dejaran las orillas de sus campos sin cosechar y que las gavillas pasadas por alto se quedaran sin colectar. Cualquiera de entre los pobres o los extranjeros que estuviese dispuesto a ir detrás de los cosechadores y recoger aquel grano era bienvenido a ello, “ganando” así su propio sustento. Ruth aprovechó aquella justa provisión y fue así capaz de cumplir su responsabilidad para con Noemí.

Muchos principios básicos con respecto a la caridad Bíblica surgen de la historia de Ruth.

Primero, está claro que los plenos beneficios de la caridad pactal llegaron a la vida de Ruth solo después que ella profesara su fe en el Señor. Mientras que su cuñada Orfa se devolvió a los dioses paganos de Moab – y de esta manera, a toda su esterilidad y privación – Ruth se aferró a Noemí, diciendo, “No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios” (Ruth 1:16).

Toda la manera de pensar de Ruth fue transformada. Su visión del futuro fue corregida. Su esperanza fue puesta sobre nada menos que el Señor del pacto y Su justicia.

Este elemento de la fe fue esencial en la rehabilitación de Ruth de la pobreza a la productividad. La caridad Bíblica no puede operar exitosamente sobre alguna otra base.

Segundo, la estructura para el cuidado del que Ruth se aprovechó estaba arraigado de manera única a la vida familiar. Ruth no salió a recoger en cualquier parte. Fue al campo de Booz – ligándose a sí misma a la familia de Noemí – y luego invocó el código Levirato de redención (Deuteronomio 25:5-10).

La caridad Bíblica siempre descansa sobre el principio del pariente redentor como el primer curso de acción compasiva. Intenta reedificar y restaurar los vínculos naturales del hogar y proveer así una red segura genuinamente efectiva.

Tercero, Ruth trabajó. Y trabajó duro (Ruth 2:2-7). El recoger gavillas en los campos significaba una labor que demandaba gran esfuerzo físico.

La caridad Bíblica no intenta limar las asperezas de las crisis económicas haciendo de la privación algo más aceptable. Intenta resolver las crisis económicas. La caridad Bíblica no trata de ayudar a las familias a adaptarse a su situación. Trata de cambiar su situación. La caridad Bíblica no se esfuerza en hacer más comfortable la dependencia y la pobreza. Trata de hacer la productividad y la independencia más alcanzables.

Nótese que en todo esto Ruth no se fue al gobierno en busca de ayuda en su momento de angustia. Miró a un sector privado descentralizado. La caridad Bíblica es presentada como un ministerio de misericordia dispensada privadamente por los fieles, dentro de la familia, y a través de la iniciativa individual, no por una institución estatal que lo abarca todo (Ruth 2:4-16). La asistencia social en la Biblia es invariablemente privada por naturaleza. Como resultado, la estructura de la caridad se mantiene simple. Se aumenta el rendir de cuentas. Se hace posible la flexibilidad. Las condiciones locales son maximizadas. Y se hace más probable la atención personal. Al mantener la caridad no institucionalizada todos los interesados son salvados de la angustia del soborno, la corrupción y el papeleo engorroso.

En nuestra cultura cosmopolita de vastas concentraciones de pobres urbanos, muchos han sugerido que una estructura de caridad dirigida por el trinomio fe-familia-trabajo está simplemente fuera de moda. Pero como John Naisbitt ha señalado en su obra seminal, **Megatendencias**, el “modelo de recolección” está tan actualizado como el más reciente avance de alta tecnología del Valle de Silicón: “Los Americanos, especialmente los ciudadanos adultos mayores, se están ayudando a sí mismos al recuperar los vastos recursos de alimentos usualmente despilfarrados en la producción y en el proceso de cosecha – aproximadamente el veinte por ciento de toda la comida producida, según el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos. Los grupos de recolección en Arizona, California, Michigan, Oregon y el Estado de Washington entran a los campos y hallan alimentos pasados por alto por la cosecha, y luego los distribuyen en grupos comunitarios. El Banco de Alimentos Santa María en Phoenix, Arizona, el cual colecta alimentos desechados y recolectados, envió dos millones de libras de alimentos a escuelas y grupos de servicio social y alimentó a cuarenta y ocho mil víctimas de emergencias por tres días durante 1979. Ahora Santa María ayuda a otros grupos a través del país a aprender este método de auto-ayuda para recortar el despilfarro y alimentar a los pobres.”

Otros grupos de recolectores, como las Industrias Buena Voluntad, el Ejército de Salvación, y las Tiendas de Reventa Luz y Vida colectan mercancías descartadas y luego las reparan para la venta usando trabajadores subempleados y discapacitados. Y grupos como los Servicios HELP en Texas y la Sociedad San Vicente de Paul en New Hampshire han enviado trabajadores subempleados a las calles de la ciudad a recoger desechos, basura, y artículos de sobreproducción para intercambiarlos por comestibles. Todo esto sin subsidios federales. Todo sin interferencia burocrática. Como R. J. Rushdoony ha señalado, “El auge del bienestar social, incluso como un “ismo” más, ha limitado el crecimiento de la recolección urbana, pero sus potencialidades son muy reales y merecen un mayor desarrollo.”

El enfoque de “auto-generación” es bueno en tanto que funcione, pero no debemos olvidar que Ruth en realidad obtuvo misericordia genuina. Ella no podía hacerlo por sí sola. Necesitó ayuda. Y Booz estaba obligado por un imperativo moral a proveer aquella ayuda. Pero la ayuda no era un “derecho” que Ruth podía reclamar o frente al cual Booz tenía que capitular.

Conclusión

Teodoro Roosevelt dijo una vez, “Están aquellos que creen que una nueva modernidad demanda una nueva moralidad. Lo que ellos dejan de considerar es la dura realidad de que no hay tal cosa como una nueva moralidad. Existe solamente una moralidad. Todo lo demás es inmoralidad. Existe solamente la verdadera ética Cristiana en contra de la cual se levanta la totalidad del paganismo. Si hemos de cumplir nuestro gran destino como pueblo, entonces debemos volver a la antigua moralidad, la única moralidad.”

Estos tres ingredientes esenciales – la fe, la familia y el trabajo – permiten que la caridad esté enraizada en aquella antigua moralidad, esa única moralidad y cumpla así el gran propósito de socorrer a los afligidos, proteger a los inocentes y equipar a los indefensos.

George Grant es un socio distinguido en el Centro para el Avance de la Paleo Ortodoxia.
